

# *Universidad, pensamiento y acción: estudiar para cambiar la sociedad*

Comisión Educativa de la Sociedad Colombiana de Filosofía

*Pensar del amanecer y del medio día antes que del crepúsculo de un mundo cumplido, el filosofar acompaña las acciones ciudadanas desde la reflexión comprometida y la acción reflexiva.*

El problema de la universidad, como una institución en *crisis*, parece ser un lugar recurrente cada que vez que aparecen nuevos retos sociales. Se le critica a la universidad desde todos los bandos: desde las orillas más apegadas al capitalismo cognitivo se le reprocha que no ‘responda’ rápidamente a las necesidades de la productividad de una nación —de manera pertinente y vertiginosa— como sí lo hace el mercado; o bien, desde otras orillas, se le critica a la universidad por estar ‘de espaldas’ a la agitación social y ofrecer ‘sólo teorías’ en tiempos en que las calles arden. ¡Qué inútiles parecen los académicos, acomodados en sus libros, en sus teorías, en sus conceptos; sentados horas y horas frente a su computador y sus libros, intentando ofrecer a sus estudiantes insumos para pensar la sociedad, la política! ¡Que reprochable aparece a los ojos del que lucha, la actitud de quien defiende el cultivo del pensamiento crítico —que requiere *mucho* estudio y no se da por generación espontánea—, de las artes, de las comprensiones sobre la vida cultural y ciudadana!

Nuccio Ordine en uno de sus más conocidos textos llama la atención respecto a «la utilidad de lo inútil»; llamado que luce pertinente en medio de nuestros días para examinar la (pre)supuesta dicotomía entre el ‘pensar inútil’ y la acción política. ¿Hay, en verdad, esa tal dicotomía entre pensamiento y acción, máxime en el plano de la vida política? ¿Cuáles son los fines a los que debe servir la universidad y, dentro de ella, el conocimiento en ese contexto? ¿Desde dónde se *resiste* o se despliega la *acción política*, como *universitarios*?

Ciertamente, *en la calle y en la clase*, se podría invocar el planteamiento de Freire cuando, en la *Pedagogía del oprimido*, abordaba el vínculo entre acción y reflexión: «si la palabra carece de alguna de sus dos dimensiones (acción o reflexión) es inauténtica. En un caso, cuando carece de acción, es mera superchería, en la medida en que carece de actos que transformen el mundo; en el otro se convertirá en activismo, en acción por la acción, con lo cual se cerrará la posibilidad del diálogo».

Y es que en la universidad se cultivan tanto el diálogo como la diferencia, la reflexión y la acción. En la universidad se vive y posibilita la pluralidad y, en ella, se aprende a deliberar, a argumentar; se estudian las herramientas conceptuales e históricas para esgrimir los argumentos mientras se trazan aquellos «inéditos viables» de los que también hablara Freire. Con ello, se favorece el desarrollo del pensamiento crítico que supone preparación, confrontación, estudio y apropiación. El pensamiento crítico se debe, por un lado, al cultivo de la competencia y, por otro, a los marcos de comprensión (teorías, historia, conceptos, autores, etc.) con base en los cuales se pueden tomar posturas, abrir el pensamiento, *reflexionar* sobre la realidad.

Con todo ello: vamos a las calles. «Yo quiero *estudiar* para cambiar la sociedad. ¡Vamos a la *lucha*!». Esta arenga que se escucha con regularidad en las protestas ciudadanas

(copiosamente integradas por estudiantes universitarios), debe ser tomada en serio. Los estudiantes quieren *estudiar* para cambiar la sociedad. En ello consiste su *lucha*. En efecto, el aula (cualquiera que sea su forma) es un escenario de lucha y para la lucha. Así lo demuestran las calles atiborradas de inconformes, desbordadas de posibilidades y ocupadas por letras, ritmos y culturas que decidieron tomarse los espacios. El estudio, el encuentro que posibilita la forma escuela y el cultivo que significa el aula son, en realidad, una de aquellas vitales condiciones que hacen —y han hecho— posible el pensamiento crítico, la comprensión de los problemas, la identificación de las grandes contradicciones y el reconocimiento histórico de las injusticias estructurales. Sin formación no hay transformación. De hecho, la apertura de horizontes requiere su configuración desde la preparación y la rigurosa reflexión. Sin duda, la reflexión ya es una forma de acción, quizás la primera.

Este empeño, sin embargo, parece un ‘pensar inútil’. En el proceso de formación, los estudiantes no ven resultados inmediatos. Por el contrario, pasan años de estudio —traducidos en muchísimas horas sentados en la mesa de trabajo— en el proceso de cultivo del pensamiento que, a la larga, «cambiará a la sociedad», tal como reclaman las manifestaciones. Por ello, la relación entre reflexión y acción, que indica Freire, da la impresión de diluirse en un proceso más largo que el de la acción en las calles y, quizá por ello, estudiar parece un ‘pensar inútil’.

Sin embargo —probablemente gracias a esta dilación en el tiempo y en la dedicación—, este proceso de formación tiene efectos estables: la universidad debe ser el espacio en el que los estudiantes se doten de marcos de comprensión para hacerle un contrapeso al vértigo de la vida productiva o a la espectacularización de la política; donde se aprenda y ejerza y cultive el pensamiento crítico, pero también el diálogo, el respeto por el otro, la pluralidad y, la diferencia y la autonomía del pensar. Así, cada lucha en la calle será reflexiva y cada hora de estudio en la clase irá orientada a la acción. «En este contexto —dice Ordine— considero *útil* todo aquello que nos ayuda a hacernos mejores».

Distintos y múltiples son los espacios de lucha. De allí su riqueza, potencia e indómita fuerza. Así es que, al cierre de estas notas, tres valores filosóficos queremos sugerir como aporte a la situación, sin pretender ser exhaustivos. En primer lugar, la *sindéresis* de un pensamiento crítico que pone al revés las tramas de la dominación, alternativa a una teoría replegada sobre sí misma en las aulas y a un activismo ciego desbocado en las calles. En segundo lugar, la prudencia valiente de una voluntad general autocontenida, que no se pliega a voluntades parciales atrincheradas en sus intereses excluyentes, pero tampoco se disemina en el delirio de la pura negatividad de la destrucción. Y, por último, el valor de la responsabilidad prospectiva, que no se confunde con tolerar las injusticias sedimentadas del *statu quo*, sino en la protesta con propuestas que participa en la construcción de la esperanza.

¿Cuál es la función de la universidad y la educación en medio de los tiempos actuales? ¿Cuál es el sentido del estudio? ¿Quiénes somos como comunidad académica y cuál es nuestro aporte como universitarios? ¿Cuáles son los escenarios, formas y expresiones de la lucha, del movimiento estudiantil y la acción política? Aquí hay algunas preguntas a las que desde la Comisión Educativa invitamos a abordar.

Junio de 2021